

EL BOTAFUEGO.

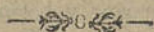
Num. 6.)

MIÉRCOLES 29 DE OCTUBRE DE 1828.

(Tom. 1.º)

Cuando acometen los libres, la victoria les precede; y se abaten los tiranos.
E. Epic.

EJERCITO DEL NORTE.

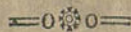


Entre los individuos de tropa pasados á nuestras filas, se encuentran dos soldados del Batallón Rifles, nombrados Manuel Centeno, y Pedro Carrillo. Ambos peruanos, conducidos á los insalubres climas de Colombia, por la fuerza y el rigor del Jeneral Bolívar. Vienen hambrientos, y desnudos; pues el vestido, que apenas basta para cubrirles, es el mismo que les dió su Patria, y que llevaban despues de haber vencido en Ayacucho. En todo el tiempo que han estado al servicio de Colombia, no han percibido mas que seis reales cada mes á cuenta de sus haberes. Aseguran que son muchos los desertores del Batallón Rifles, y de otros cuerpos: que están en marcha con direccion ácia nuestro campo. Al presentarse Centeno y Carrillo, han sido generosamente agasajados por el S. Ministro de la Guerra: mandados vestir, y socorrer, de cuenta del Estado, por la compasion de S. E. el Presidente de la República, y Jeneral en Gefé. S. E. dispuso se les preguntara si querian ser remitidos á su pais, á descansar de sus fatigas; y ellos han contestado, que son hijos del Perú, que este se halla con las armas en la mano, para pelear con sus ambiciosos enemigos; y que quieren tener la gloria de morir defendiendo su patria y libertad. El Ejército hace un importante hallazgo, con estos jovenes robustos, aguerridos, y patriotas.

GALARDON.

Hemos sabido por personas que merecen nuestro crédito, que el Jeneral Bolívar ha recompensado al asesino del Ministro Monteagudo, F. Candelario con el grado de capitán, destinado á servir en la horda de invasores, que se están reuniendo en el Sur de Colombia; capitán digno de Bolívar, de Flores y de mas invasores. [Telegrafo de Lima.]

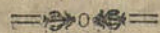
LOS EDITORES.



Al ver reimpresso, en este periódico, el artículo anterior, juzgarán los amigos del Jeneral Bolívar, que estamos animados de un espíritu de maledicencia: ó que buscamos como ultrajar su nombre tan apreciable en otro tiempo. Dirán que no cesamos de acumular cuantos materiales inventa la perfidia, para obscurecer su antigua fama; y que no perdonamos las ocasiones de hacerle aparecer, á la faz del mundo, como un monstruo aborrecible. Protestamos que están muy distante de nosotros semejantes pensamientos. Una causa muy distinta nos induce á redactar el artículo anterior, que tanto mas nos sorprende su lectura, cuanto presenciarnos que el mismo Jeneral Bolívar fué quizá el primero, y mas encarnizado enemigo contra aquel asesino tan inhumano y tan feróz. Nadie tampoco ignora que el ex-ministro D. Bernardo Monteagudo, aunque proscripto por las leyes de la República, mereció del Jeneral Bolívar la mas alta distincion: tanto que por el prestigio de su poder le llevó consigo á la campaña, y contra la opinion comun, le trajo á Lima, cuando su regreso desde el Apurímac. Nosotros prescindimos de la naturaleza del hecho perpetrado en la persona del ex ministro Monteagudo. Atendemos solamente á las demostraciones de furor, y al vertigo en que entró el Jeneral Bolívar con la noticia de la atroz muerte de su mejor amigo, y de su primer valido. Atendemos, á demas, á tantas ingeniosas redes, tendidas para que cayera el matador: á tantas serias averiguaciones, diligencias, prisiones, y procesos para el esclarecimiento del crimen: á tantos severos castigos: á tantos inocentes, que gimieron por mas de un año en las terribles carceletas de la inquisicion; y en fin, á tantos aparatos de justicia,

para dejar en libertad al reo solo, y continuar persiguiendo de muerte á los Sres. Colmenares, Moreira, Perez, y otros. Tales recuerdos, siempre funestos, y la anterior noticia, nos hacen concebir ideas demasiado melancólicas, sobre el temple de alma de aquel hombre empeñado, con obstinacion, en subyugar á tantas Repúblicas libres, con tantos ciudadanos honrados, de conocimiento, préevision, y luces. ¿Quien no se hubiera persuadido que el Jeneral Bolivar, en cualquier parte del mundo que encontrára al Negro Candelario, se esforzaria decididamente en hacer caer sobre su cabeza el último tremendo fallo? Por que, á la verdad, la víctima pudo reputarse, de todos modos, inmolada al imperio fuerte de la ley: mas en el sacrificador se desconoció enteramente el caracter de ministro de ella; los medios fueron tan ilegales como espantosos, y las incidencias sensiblemente trascendentales. Así todo conspira contra la vida del asesino del ex-ministro Monteagudo. Cuando lejos de imponerle la pena merecida, se sabe por personas bien acreditadas, que el Jeneral Bolivar ha recompensado, en vez de matar al matador, dándole el grado de capitan, y destinándole al servicio de sus mismas filas, nuestros corazones no laten, sobrecojidos de terror, y la pluma se cae, como avergonzada, de las manos nuestras. ¿A quien no le es dado juzgar ahora motor ó complice en el asesinato al Jeneral Bolivar? Y si el desenlace de los tiempos confirma á los pensadores, Dios no lo permita, en su concepto, ¿cual será el que deba formarse del Jeneral Bolivar? ¿De aquel que en el ecesos de su colera, y en su irracional venganza procedió siempre como absoluto? ¿De aquel que sin el natural exámen, y sin la legalidad del juicio condenó al patíbulo á sus amigos y relacionados, por que los arguyo delincuentes? ¿Que podrá pensarse, decimos, al ver que eleva á una graduacion recomendable en la milicia, y admite á su servicio á un canalla, alevé, y perseguido? No es posible continuar tratando sobre esta materia, ni anticipar conjeturas perniciosas á la conducta del que hace poco tuvimos que obedecer. Corrámoslos oficiosamente un velo sobre tan obscuro cuadro, y dejemos á los hombres perseguidos, por esa ruidosa causa, en libertad de rasgar aquel, cuando así cumpla a su absoluta y gloriosa vindicacion. Entonces creémos, que los mismos escritores que ocuparon las columnas del Correo de París, con la esplicacion de aquel suceso,

ensalzando al Jeneral Bolivar por su justicia, y recriminando a los inocentes, se empléen tambien, con gusto, en el manifiesto de la verdad.



EL REPUBLICANO.

[Continúa el artículo anterior.]

“¿Se enoja V. E. de que háyamos conocido sus intenciones y designios, ó de que siendo contrarios á nuestra independencia y felicidad, háyamos trabajado en frustrarlos? V. E. debió tener la bondad de encubrir su desmedida ambicion, si queria que la ignorásemos, y debió vencernos primero, si queria ultrajarnos y humillarnos sin encontrar resistencia. V. E. ha olvidado sin duda la revolucion del 26 de Enero: ecsige de nosotros, como antes de aquel suceso, un ciego sometimiento á su voluntad y deseos; nos crea peligros, y le parece mal que procuremos precaverlos: nos insulta y amenaza, y se disgusta de que preparemos nuestra defensa: está asechando el momento de robar nuestra libertad, y quiere que no la pongamos al abrigo de las garras de V. E. ¿Que mas nos pedirá V. E. cuando nos haya vencido? Reserve V. E. esta heroica y noble conducta, esta conducta digna del corazon de V. E. para cuando nos haya conquistado. Mire V. E. que si continúa anticipadamente en declarar su voluntad soberana con la libertad y franqueza que acostumbra, se espone V. E. á que sea recibida con desprecio por estos pueblos ingratos.”

Ved aquí los fundamentos para que el Jeneral Bolivar nos titule “pérfidos, ingratos y violadores de las leyes de las naciones.” Creyendo sin duda disponer de la opinion de los pueblos, y prescribirles sus juicios como ha podido hasta el dia conservar sobre ellos su violenta autoridad, procura inflamarlos contra nosotros, é interesarlos en que nos hagan la guerra; porque hemos violado el suelo de la hija, é intentamos aun profanar el seno de la madre de los héroes. Ha dado en ser tan retórico, y en ocultar con la sublimidad de sus frases, la sublimidad de su ambicion! Desgracia seria que con tan elocuente lenguaje no consiga cegar á los colombianos, y persuadirles que les conviene combatir contra sus hermanos, contra los que jamas derramarán su sangre sino por defender la libertad. Desgracia seria que despues de publicada tan linda proclama, se empeñen los colombianos en juzgarle por sus obras, mas que por sus palabras, y que atribuyan su resolucion de inyaldir al Perú, á la misma ambicion que le hace

el mas irreconciliable enemigo de la libertad de su patria. [Se continuará].

EJERCITO BOLIVIANO.

Cuando recordamos la conducta de la pasada administracion con los valientes militares de Bolivia, queremos escribir denuestos por razones, y exaltacion por convencimiento. Unos cuantos colombianos tenientes en Ayacucho vinieron á Bolivia á obtener títulos de coroneles sin mas mérito que haber nacido en las orillas del Orinoco, ó en las llanuras de Venezuela. Llenos de dinero, y grandes equipajes sustituyeron el orgullo de los españoles, entre tanto los bolivianos que desde el año nueve habian consagrado sus servicios á la patria, jemían en la mendicidad. Era inútil que ellos mostraran sus honrosas cicatrices, sacrificios sin término, y una carrera brillante. Por premio recibían insultos y la contestacion favorita era la de anarquistas, revolucionarios. Llegó á ser un crimen haber pertenecido á la santa causa de la independencia. Así debia suceder, pues lo que se intentaba era un plan al cual no habian de cooperar los antiguos hijos de la libertad. De aqui provino ese odio implacable á los militares. Siempre postergados y humillados y el juguete de estrangeros advenedizos. Lo que hemos notado de raro es, que obrasen tan sin pudor. Galindo un comandante en Ayacucho llegó á obtener en Bolivia el despacho de jeneral de Division. Y 40,000 pesos, Fernandez sin hallarse en Junin ni Ayacucho: por consiguiente sin el título de ciudadano mereció otra igual graduacion; esto sucedia con los unos, mientras el jeneral Blanco lleno de servicios ilustres habiendo derramado su sangre por su patria sufría todas las privaciones en Tarija. Su rejimiento mal pagado, desnudo, sin armas, ni monturas era el objeto del desprecio, como lo fueron todos los bolivianos. Llegó el tiempo en que recuperásemos nuestros derechos, y el encarnisamiento y furor ordenaron la persecucion de muerte al jeneral Blanco, que irremisiblemente la hubiera sufrido como Montenegro, y los tres chuquisaqueños en Oruro, si con sus hábiles maniobras no burla la ineptitud de Galindo, que dejó vendido al jeneral Lopez.

LA MODORRA.

En una pequeña eminencia, que domina este dilatado campo, me hallaba ayer á eso de las cuatro, y media, tres minutos de la tarde, como extasiado en la contemplacion de tanta infi-

nidad de cosas que se suceden con estrana rapidéz en estos mundos del Señor. A la verdad, que en estos sitios anduvo un poco avara la naturaleza. Nada se ofrece á la vista que llame y fije la atencion de un filósofo escudriñador. De repente, sorprendieron á mis ojos, y á mis oidos las sonoras músicas marciales, las cajas, pitos, cornetas, y clarines; y los bizarros cuerpos de infanteria, que formaban por un lado los simulacros mas vivos; y la caballeria lijera, con los demas escuadrones, otros no menos propios, ni menos dignos de atencion. Sus marchas, contramarchas, despliegues, dispersiones en guerrillas, avances, retiradas, su proteccion mutua, á donde la demandaba el riesgo, prevenido con estudio: su atencion imperturbable; su prontitud en obedecer al eco del tambor; en fin todo esto, simultaneamente ejecutado, entretuvo á mi razon por largo tiempo. Empezaba á ocultar el Sol sus luces en el Ocaso; y entre aquellos minutos que preceden á su ausencia, y la aparicion de la noche, empezaron los cuerpos á tocar á reunion, y á marchar en direccion á sus cuarteles respectivos. Con esto ocuparon mi cabeza mil ideas comparativas con los ejércitos persas, griegos, y romanos; de los que no han quedado mas que unos tristes recuerdos. Sobre las muy recientes campañas de Austertiz, Marengo, Jena, y otras; que no han tenido por objeto mas que la esclavitud del mundo; y acabé por repasarlas todas hasta Pultawa y Vartelo. Aqui hice una pequeña pausa y exclamé. ¡Ha! Bolívar! Bolívar! añadiendo las siguientes palabras, que no se me olvidan nunca; porque las aprendí pequeño de un Opusculito muy recomendable. "De que valen los Ejércitos mas numerosos, que no están armados en defensa de la justicia! ¡Bolívar! El fruto de cincuenta victorias no puede ser perdido por una sola jornada desgraciada." Llegué así á mi pajizo Cuarto, y por distraerme un poco comencé, como acostumbro, á revolver una multitud de gazetas, periódicos, papeles sueltos, y otros impresos Colombianos; principalmente los remarcables de Guayaquil. Me asaltó una modorra de que suelo con frecuencia adolecer; y me condujo involuntariamente á los brazos del pesadísimo Morfeo. Apenas se habian pegados los parpados míos, que cayeron de tropel sobre mi pobre Magin varios inexplicables ensueños. Uno será, el que por mirarle todavía, como si le estuviera padeciendo ocupará esta relacion.

Sofé, pues, que á causa de mis pe-

cados políticos, que deben ser muy graves, muy gravísimos, por que soy patriota obstinado, y republicano acerrimo, me habia cogido la hora tremenda, en la que todos pedimos misericordia; y que me habia cabido en suerte, por aquel mal estado en que me hallaba, ir de patitas apud inferos. Por mas que me desgañité llamando á Jesus vendido, ni por eso, no hubo remedio: vestido, y calzado, como estaba, bajé hasta el Baratro profundo y espantoso. Por dicha mia, esto debió de ser seguramente, andaban sueltos los demonios, por que se les habia venido á la mientes trastornar el trono de Pluton, y romperle el cetro en las costillas, y en las de su esposa Proserpina. Ya estaban ambos atados á dos gruesas, y muy pesadas cadenas. Los pobres infelices no podian ni menearse. El pueblo diablo, tenia ya convocadas sus asambleas, y casi no faltaba nada para que los diablos fueran constituidos republicanos. Al repararme estos, no sé si sería por mi trage, ó mi semblante, ó porque los diablos son tambien metosposcopios, lo cierto es que me reconocieron desde la punta del pie hasta el pelo, y me concluyeron su partidario. Me pidieron instrucciones sobre los negocios de por aca, y mi parecer sobre su estado actual de cosas. Algo vuelto en mí, porque al fin y al cabo aunque me veía en los infiernos, ya no habia allí monarcas, reyes, ni emperadores, iba á exponer mis razonamientos, cuando un alarido demasiado lastimoso me detiene y pregunto, ¿quien gime en un lugar donde ya no existen reyes? Se me contesta: dejad que gima, y que lamente ese miserable esclavo del absolutismo. Olvidad á José Gabriel Perez: no le hagais caso en sus tormentos. ¡Ay de mí! exclamé, sin poderme contener. Pues como, dije, ¿á un republicano se le trata de este modo? ¿á un hombre que murió tan penitente? ¿que viene á ser esto? Escucha, añadió, un diablillo vivarracho, sagaz, é inteligente: José Gabriel, llegó á este sitio, no por la permission de Dios; porque ya este le tenia dejado de sus manos, desde que contribuyó tanto á formar los planes de erijirse en absoluto el general Bolívar. Aquí vino encargado de una mision odiosa y criminal. Ella le mereció el castigo que está sufriendo para siempre. Supo, alla en el mundo, el general Bolívar, nuestro meditado proyecto de hacernos independientes, y al punto le ordenó á José Gabriel que se fingiera enfermo;

y que aparentara arrepentirse de sus culpas, para que se hiciera el mortecino, sin nota ni escándalo de los hombres buenos. De todo esto, y de mucho mas son capaces aquellos que se inclinan, y se deciden á ser tiranos. Instruyóle Bolívar, de todo cuanto se ha en el dia menester, para revolucionar á los pueblos libres, á fin de prepararlos á encorvar sumisamente sus cuellos bajo la coyunda de un pesado imperio. José Gabriel no omitió nada por hacernos vasallos de D. Simon I.º haciendo por que antes se declarase, que el infierno era parte integrante de la misma fatal República que gime opresa por aquel. "No te olvidarás, dijo entonces, Paz del Castillo, que estaba soplando un Horno de coser cabezas vitalicias, que igual solicitud, se entabló en los dias que Pluton reinaba, y que de esto se dió noticia en un papel de la usurpada provincia de Guayaquil." Lo que acabas de escuchar es un motivo poderoso, continuó, el diablo vivarracho, para que José Gabriel sufra como tu adviertes, y para que nosotros los demonios republicanos seamos implacables en su castigo.

Si tu no piensas, como él, como su amo, y demas gabilla, que no te hacemos este agravio, y si lo pretendes, queda seguro de que no duraras aquí sino por el tiempo que te agrade. Mas si intentas burlar nuestras esperanzas, tu tambien experimentarás muy luego los dolores y martirios de José Gabriel Perez. En seguida ordenó abrir una puerta ferréa que arrojaba infinitas chispas, y en un lugar oculto que no era mas que una espantosa hoguera, me señaló, con el dedo, varios aposentos, que me causaron notable espanto. Ve ahí, me dijo, los calabozos destinados á los Heres, Flores, Urdanetas, Laras, Sueres, y comparsa. En el vientre de ese Minotaurro, que esta ardiendo, esta el deposito para el que debiendo ser el padre de la libertad Americana, ha pretendido mancillar sus glorias, prefiriendo un poder ilimitado, que los pueblos abominan. En esto empezaron á llover los ejemplares de la carta Andesina, inflamados por el betun de pez, azufre y otros mistos de que estaban impregnados. Casi senti, que me abrazaban, di un estúpido grito, despierto, me levanto, y miro que realmente se habia volcado la luz que me sirvió para mi lectura; y habian prendido fuego, mis gazetas, mis garrotes, Colombianos, Telescopios, Liras y demas papeles, sin que yo pudiera sustraer alguno del horroroso comun incendio.

TAMBO GRANDE 1828:

Imprenta del Ejército administrada por José Molina.

Biblioteca Nacional de España